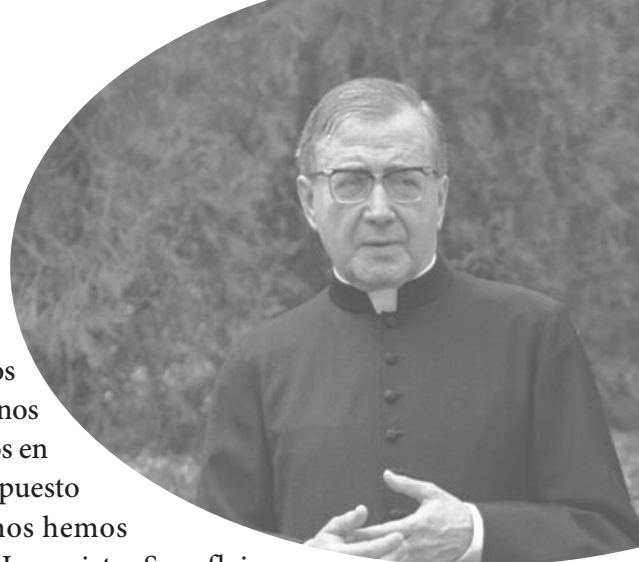




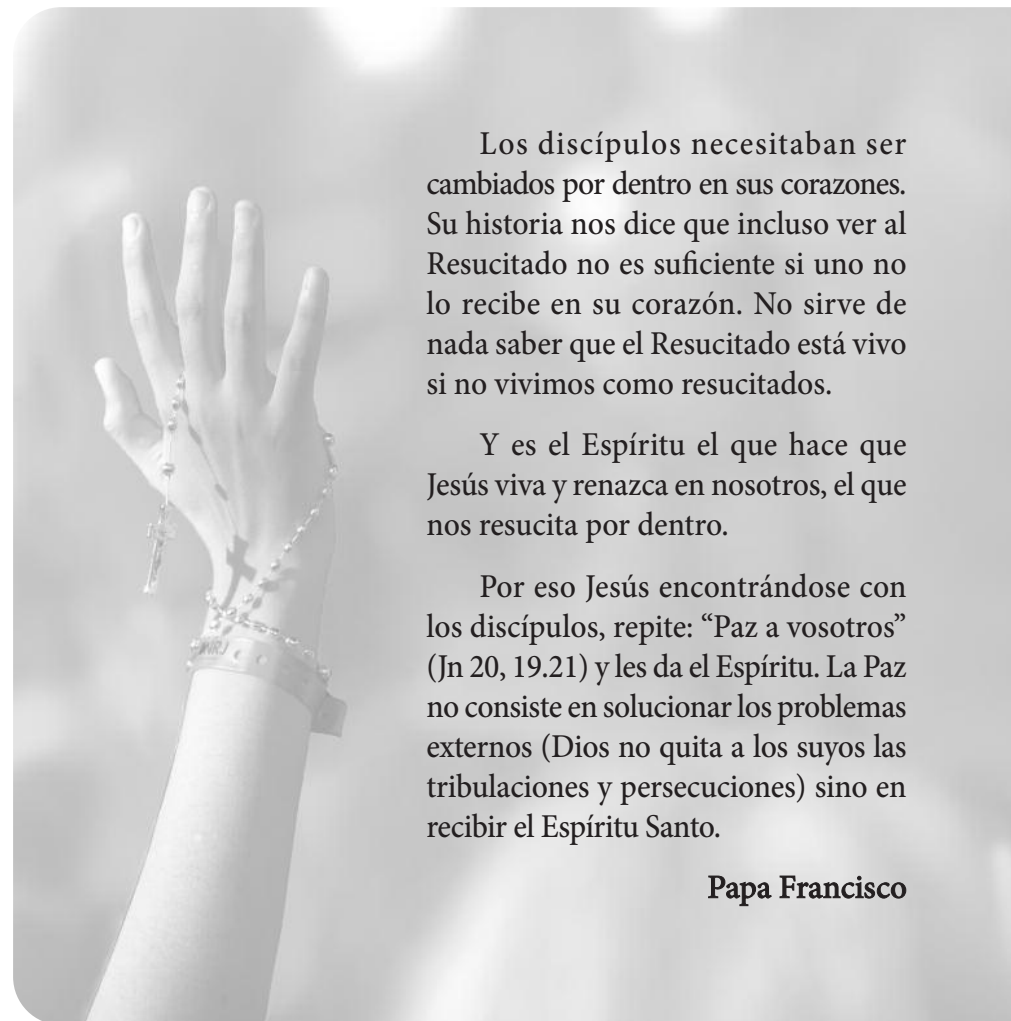
Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo.

San Josemaría Escrivá, Amigos de Dios.

ESTE MES VOY A CUIDAR MI ORACIÓN DE MANERA ESPECIAL, SABIENDO QUE SÓLO SE AVANZA EN LA VIDA ESPIRITUAL SI CUIDAMOS NUESTRA CERCANÍA CON CRISTO.



PEDID Y SE OS DARÁ



Los discípulos necesitaban ser cambiados por dentro en sus corazones. Su historia nos dice que incluso ver al Resucitado no es suficiente si uno no lo recibe en su corazón. No sirve de nada saber que el Resucitado está vivo si no vivimos como resucitados.

Y es el Espíritu el que hace que Jesús viva y renazca en nosotros, el que nos resucita por dentro.

Por eso Jesús encontrándose con los discípulos, repite: “Paz a vosotros” (Jn 20, 19.21) y les da el Espíritu. La Paz no consiste en solucionar los problemas externos (Dios no quita a los suyos las tribulaciones y persecuciones) sino en recibir el Espíritu Santo.

Papa Francisco



Lc 1, 46-55

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros.



¿Pido diariamente al Espíritu Santo que habite en mí?

Ven, Espíritu divino, y guíame.



San José María Rubio

En la recién estrenada Ruta de la Santidad de la Archidiócesis de Madrid nos detenemos en un bello claustro de la casa profesa que los jesuitas tienen en la calle Maldonado. A todo aquel que se acerque a este tranquilo rincón de la ciudad no se le hará raro ver a una persona o un pequeño grupo detenidos en oración ante el cuerpo de San José María Rubio (1864-1929).

Este hombre ante el cual muchos madrileños pasan a rezar cotidianamente nació en Dalías (Almería) pero joven se incorporó al Seminario Conciliar de Madrid, donde acabó su formación sacerdotal. En nuestra ciudad fue ordenado sacerdote y tanto en nuestros pueblos y barrios como en el mismo Seminario, desarrolló una intensa labor evangelizadora.

Después de muchos años con un gran deseo en el corazón y tras una intensa vivencia espiritual en Tierra Santa, ingresa en la Compañía de Jesús, instituto donde siguió viviendo con tal fuerza su ministerio que al morir fue considerado como “el Apóstol de Madrid”; así lo recordaba San Juan Pablo II en su canonización, en la Plaza de Colón, el 4 de mayo de 2003.

De este sacerdote todoterreno, podemos aprender que el intenso celo por las almas que le caracterizaba estaba profundamente enraizado en su amistad con Jesús; “hacer lo que Dios quiere; querer lo que Dios hace” es una buena síntesis de la vida cristiana que debemos al padre Rubio.

“
Hacer lo que Dios quiere; querer lo que Dios hace.